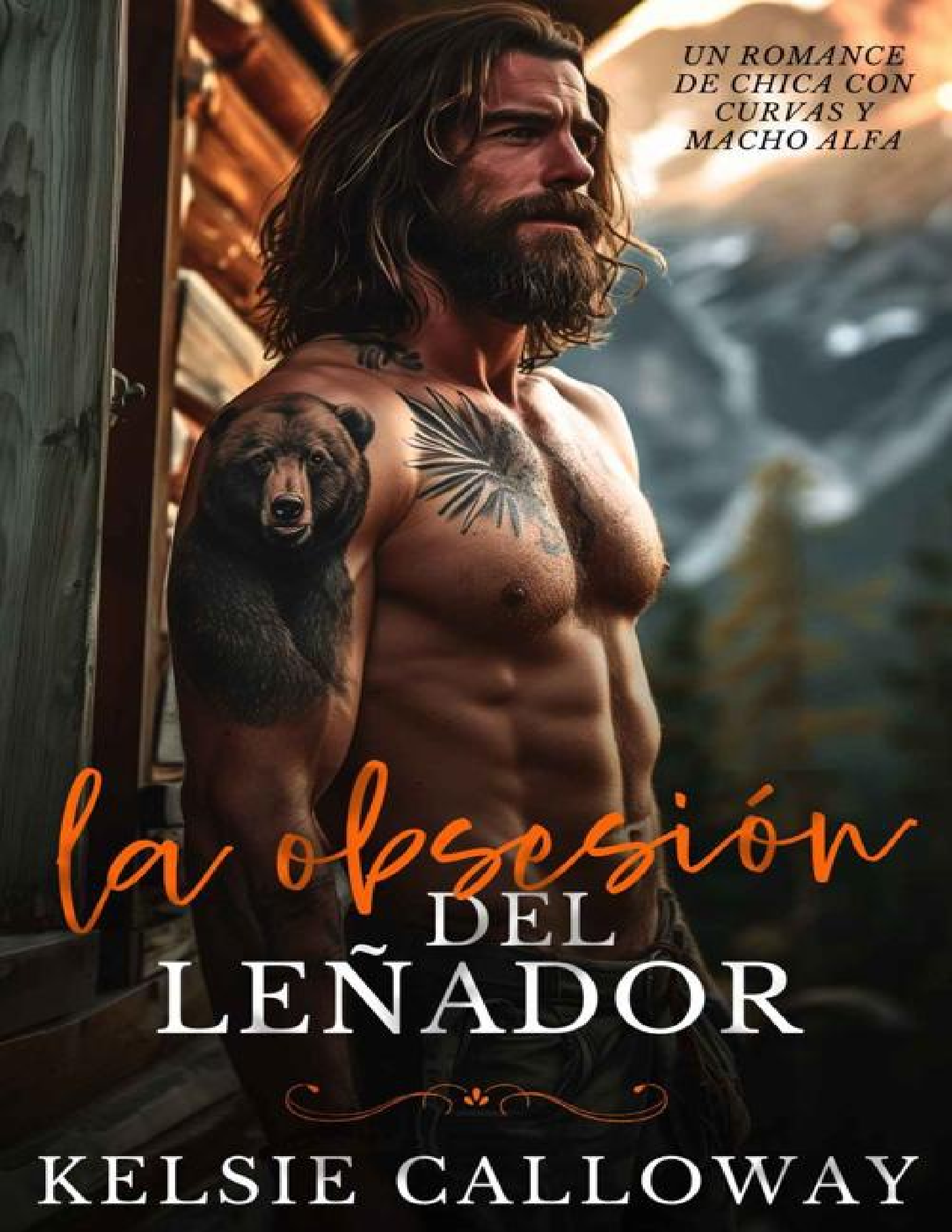

UN ROMANCE DE CHICA CON CURVAS Y MACHO ALFA
la obsesión DEL LEÑADOR
KELSIE CALLOWAY

LA OBSESIÓN DEL LEÑADOR

UN ROMANCE DE CHICA CON CURVAS Y MACHO ALFA

LOS MACHOS ALFA LES ENCANTAN LAS CHICAS CON CURVAS

LIBRO DOS

KELSIE CALLOWAY

Copyright © 2024 Kelsie Calloway

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor. Para obtener permisos, póngase en contacto con Kelsie Calloway en kelsiecalloway@gmail.com.

Excepciones: Los reseñistas pueden citar breves pasajes para sus reseñas.

Se trata de una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.



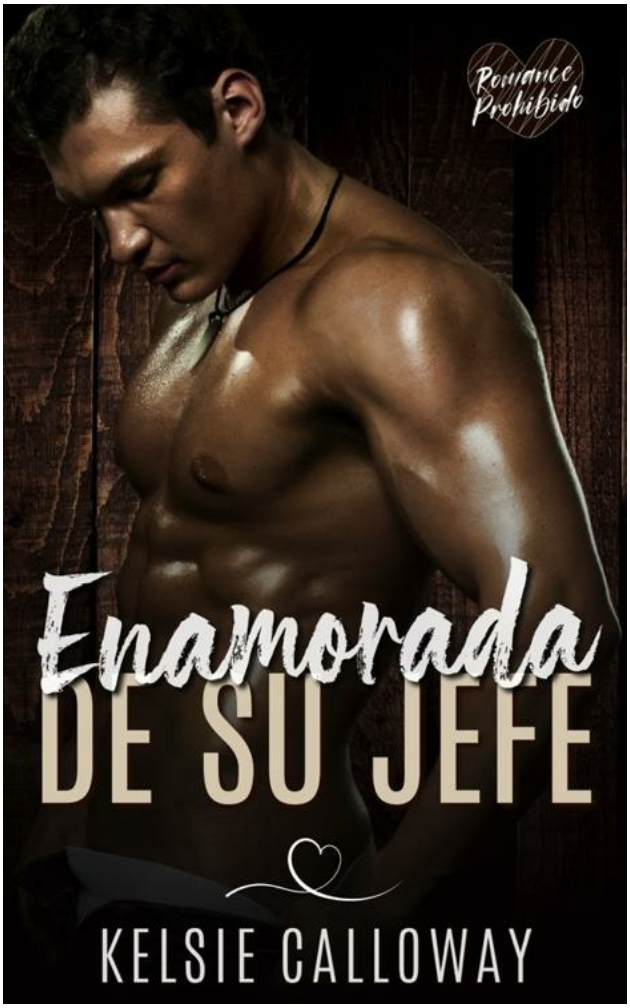
ÍNDICE

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

1. Willow
2. Willow
3. Hawk
4. Willow
5. Hawk
6. Willow
7. Willow
8. Hawk

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!
También de Kelsie Calloway

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

https://geni.us/SpanishRM

WILLOW

Me encantan las bodas. Hay algo en la alegría y el amor que me cautiva por completo. Las aprecio tanto que decidí convertirme en organizadora de bodas, haciendo de mi pasión una profesión. De hecho, me gustan tanto que el año pasado participé en cinco bodas y este año asistiré a siete. Bueno, técnicamente, ocho si contamos la celebración de hoy.

Las bodas son realmente el momento más hermoso en la vida de una persona: un tapiz de emociones entretejidas en un solo día. He caminado por ese pasillo doce veces en los últimos dos años, sintiendo cada vez la emoción de la anticipación y el calor del amor envolviendo la atmósfera.

Hoy tengo el increíble honor de hacerlo de nuevo por mi mejor amiga, Jessica. Sólo he sido dama de honor, nunca novia, pero eso no disminuye la magia de la experiencia. Cada ceremonia, con su encanto único y sus votos sinceros, deja una marca indeleble en mi corazón, y me deleito en el encanto de todo ello.

La música llena el aire, un telón de fondo melódico para el mar de caras sonrientes que me rodea, cada persona irradiando alegría y emoción. Es un espectáculo hermoso, y no puedo evitar sentirme animado por la felicidad colectiva. Por supuesto, a menudo me veo metida en un vestido que no favorece mi figura y, aunque he conseguido coger el ramo dos veces -un irónico giro del destino-, sigo soltera, sin novio desde hace tres años. Sin embargo, a pesar de todo, sigo siendo una romántica empedernida, una auténtica enamorada de las bodas.

«Willow, ¿puedes ayudarme a ir al baño?». La voz de Jessica se interpone en mis cavilaciones, y me giro para verla sujetando las faldas de su impresionante vestido de novia estilo princesa. Una mueca de dolor se dibuja en su rostro, revelando que ha esperado hasta el último momento para pedirme ayuda, y no puedo evitar reírme ante la urgencia de su situación. Es una escena familiar, que añade un toque de humor a este día mágico.

«Por supuesto», respondo con una cálida sonrisa. «Cualquier cosa por ti, Jessie».

Lo más cerca que he estado de vivir mi propia boda fue hace tres años, cuando mi último novio y yo pusimos fin a nuestra tumultuosa relación tras dos años de altibajos. Tuvo la osadía de afirmar que yo quería demasiado de él. Para ser justos, mi petición de monogamia se produjo después de que le pillara engañándome por segunda vez, una traición que me dolió profundamente.

En un arrebato de ira, se marchó furioso y sus palabras de despedida me cortaron como el cristal: si yo prestara más atención a mi aspecto y cuidara mi cuerpo, tal vez él no habría sentido la

necesidad de buscar mujeres que considerara físicamente atractivas. Sus palabras aún resuenan en mi mente, un doloroso recordatorio de las inseguridades que pueden perdurar mucho después de que el amor se haya desvanecido.

Eso me dolió un poco. Me escocía, me recordaba mi vulnerabilidad después de todo lo que había pasado. Me alejé de los hombres y de las citas durante seis meses mientras reparaba mi autoestima, reconstruyendo las frágiles piezas de mi confianza como si fueran un mosaico cuidadosamente elaborado. Cada día era un paso hacia la curación, pero había momentos en los que me asaltaban recuerdos de él y me preguntaba si merecía ser amada. Desgraciadamente, seguía viéndolo de vez en cuando por la ciudad, y su sonrisa engreída encendía en mí una ira que creía haber dejado atrás.

«Eres una joya, Willow», anuncia Jessica con alivio en el tono mientras se afana en lavarse las manos, con el sonido del agua salpicando como relajante telón de fondo de nuestra conversación. «Gracias por todo lo que has hecho hoy. Siento que no hayas podido quedar con el padrino antes de hoy para practicar para la cena de ensayo o algo así», continúa, su voz aligera la tensión que persiste en el aire. «Pero el mejor amigo de Stephen se mudó a Montana hace unos años, y aunque los dos se mantienen en contacto casi a diario, Hawk no pudo venir a tiempo debido a la nieve en las carreteras».

Asiento con la cabeza, agradeciendo sus esfuerzos por tranquilizarme. Sin embargo, una parte de mí no puede evitar preguntarse cómo se desarrollará este día, esperando que esté libre de cualquier recuerdo del pasado que aún me atormenta.

Le hago un gesto con la mano para disipar sus preocupaciones. «No deberías preocuparte por eso. Deja que yo me ocupe de esas cosas», la tranquilizo, con voz firme y calmada. «Hawk y yo nos reuniremos antes de la boda y hablaremos de todo lo necesario antes de pasar por el altar. Lo tendremos todo controlado, te lo prometo. Concéntrate en caminar hacia el altar y casarte con el amor de tu vida. Ese es tu único trabajo hoy, cariño».

A Jessica se le iluminan los ojos y esboza una sonrisa radiante, echándome los brazos al cuello en un cálido abrazo. «No sé qué habría hecho sin ti. Eres la mejor». Sus palabras me envuelven como una manta reconfortante y, en ese momento, siento que el peso de las preocupaciones del día empieza a desaparecer.

Mientras crecía, Jessica siempre iba de un chico a otro, su risa resonaba en los pasillos mientras se abría camino entre enamoramiento y enamoramiento. Continuó esa tendencia en la universidad y después, llamando la atención sin esfuerzo allá donde iba. A menudo pensaba que nunca sentaría la cabeza, pues su espíritu libre parecía demasiado salvaje para una relación comprometida. Pero entonces, hace un año, todo cambió cuando conoció a Stephen. Fue amor a primera vista, una chispa que se encendió entre ellos casi de inmediato. Ambos reconocieron que estaban destinados a algo especial, a un «felices para siempre» con el que otros sólo soñaban.

Recuerdo perfectamente la llamada telefónica; fue al mes de empezar su relación cuando ella me preguntó emocionada si empezaría a planear su boda por ellos y si yo sería su dama de honor. En aquel momento, él aún no se había declarado, pero Jessica estaba segura de que era sólo cuestión de tiempo. Tres meses después, me envió un mensaje de texto con la fecha que habían fijado, su emoción palpable incluso a través de la pantalla.

Aunque me alegro de verdad por Jessica, no puedo evitar los celos que me corroen de vez en

cuando. A los veintiocho años, la relación más seria que he tenido fue con un hombre que me dejó por mis curvas y unos kilos de más. No soportaba cómo rellenaba un par de vaqueros y, aunque ahora está de moda la tendencia de «el culo vuelve a estar de moda», él despreciaba que yo tuviera uno en primer lugar. Así que mientras Jessica encuentra el amor sin esfuerzo, sin ni siquiera buscarlo, yo lucho por encontrar a un hombre lo bastante interesado como para echarme un segundo vistazo, por no hablar de labrarse un futuro conmigo.

Sé que el hombre adecuado está ahí fuera, esperando en algún lugar del vasto mar de posibilidades. Pero, a veces, es francamente deprimente pensar que ni siquiera consigo encontrar a un hombre, y mucho menos al hombre que puede hacer que mi corazón se acelere o que me sienta como en casa.

«¿Y estás segura de que es el adecuado para mí, Willow?». me pregunta Jessica, con la voz teñida de una mezcla de excitación y aprensión, mientras se separa de mí y se muerde nerviosamente el labio inferior. Es algo que me resulta familiar: las novias siempre parecen tener esa energía nerviosa que las recorre antes del gran día. A veces las invade con semanas de antelación, una ansiedad que va creciendo poco a poco, mientras que otras veces las invade apenas unos minutos antes de llegar al altar, dejándolas sin aliento e inseguras.

Le cojo la mano y la estrecho entre las mías, con la esperanza de transmitirle la convicción que siento. «Sois el uno para el otro, Jessie. Los dos lo sabíais desde el momento en que os conocisteis. He tenido el privilegio de veros florecer el año pasado y ha sido un placer presenciarlo. Vuestra conexión es algo realmente especial y estoy deseando ver lo que os espera a los dos».

Su expresión cambia ligeramente y veo que la tensión de sus hombros empieza a relajarse. Jessica me aprieta la mano en señal de gratitud, y una pequeña sonrisa se abre paso a través de su anterior incertidumbre. «Vale, bien. Estaba preocupada. Muchos de mis amigos han tenido relaciones y compromisos más largos que Jon y yo. Empecé a pensar que quizá nos estábamos precipitando, ¿sabes?». Su voz se entrecorta, revelando la vulnerabilidad que a menudo esconde bajo su exterior burbujeante.

Después de haber asistido a numerosas bodas en nuestro círculo de amigos, había visto a muchas parejas que se lanzaban al matrimonio demasiado rápido, incluso después de haber pasado cinco años juntos. Era desalentador ver cómo a menudo carecían de las habilidades de comunicación esenciales para navegar por las complejidades de la vida matrimonial, o simplemente no poseían las herramientas necesarias para hacer frente a los inevitables desafíos que surgirían. Aprendí que el tiempo por sí solo no determina el éxito de un matrimonio. En realidad, se trata de las personas implicadas y de lo bien que se complementan y apoyan mutuamente.

«No te preocupes, cariño. Creo que lo conseguiréis», la tranquilicé, con voz firme y cálida. «Ahora ve a terminar de prepararte y veré si puedo alcanzar a Hawk un rato».

WILLOW

La iglesia que Jessica y Stephen han elegido se cierne ante mí, su vasta estructura a la vez sobrecogedora e intimidante. Es prácticamente un laberinto de pasillos serpenteantes que se comunican entre sí, creando un intrincado laberinto que parece que podría tragarme entero. Al doblar una esquina, me encuentro de repente con algo sólido e inflexible: una montaña. O, mejor dicho, un montañés.

«Disculpe, señorita», me dice el montañés, con voz grave y retumbante, impregnada de una cortesía exagerada que en ese momento resulta casi cómica, “creo que he tomado esa curva demasiado deprisa”.

Me disculpo profusamente, con las mejillas sonrojadas por la vergüenza. «Espera, tú debes de ser Hawk». Una oleada de reconocimiento me invade. He conocido a la mayoría de los amigos de Jessica desde que crecimos juntos, compartiendo innumerables recuerdos y risas, mientras que los amigos de Stephen son un poco más difíciles de precisar. Sin embargo, conseguí conocer a la mayoría de su círculo íntimo en la cena de ensayo de anoche, un torbellino de presentaciones y charlas amables. Dado que los invitados se dirigían directamente a la capilla, si este hombre imponente se pasea por donde se cambian los novios, debe de ser uno de ellos.

Ladea ligeramente la cabeza, con un brillo juguetón en los ojos, y me dedica una amplia sonrisa. «¿Mi reputación me precede? Su voz profunda tiene un punto de picardía, lo que me hace preguntarme qué historias circulan sobre él.

Stephen mencionó que vivía en las escarpadas montañas de Montana, haciendo gala de su espíritu aventurero, y se describió a sí mismo como un hombre musculoso y en forma, pero no mencionó que su padrino estaba innegablemente bueno. «Más o menos. Soy la dama de honor, Willow», le digo, tendiéndole la mano para estrechársela, con el corazón acelerado por la inesperada química que surge entre nosotros.

Me coge la mano con firmeza y se la lleva a los labios, rozándome la piel con una delicadeza sorprendente. «Qué dulce eres». Dios mío. ¿De dónde ha salido este demonio sexy de las montañas? Sus llamativos ojos azules me miran, enmarcados por gruesas pestañas, desde su enorme metro noventa, y cuando por fin me suelta la mano, hay cierta reticencia en su agarre que me deja momentáneamente sin aliento. «Háblame de ti, Willow. ¿Qué haces merodeando por los pasillos cuando la boda va a empezar dentro de media hora?». Se inclina un poco como si estuviera realmente interesado, y no puedo evitar sentir un aleteo de excitación ante tanta atención.

«Oh. Bueno, en realidad, vine a buscarte». Se me escapan las palabras y noto cómo se me calientan las mejillas al tropezar con ellas.

Hawk mira a su alrededor, en ambas direcciones, como si quisiera asegurarse de que estamos solos. «¿Vamos a hacer esto ahora mismo? ¿Aquí? ¿En el pasillo?» Empieza a subirse las mangas del traje con una determinación burlona, dejando al descubierto los tonificados antebrazos que hay debajo. «Eres preciosa, Willow, y traviesa. Supongo que me arriesgaré a que me pillen por ti», añade, guiñándome un ojo que me hace sentir un escalofrío. El aire entre nosotras cruje de expectación y me cuesta creer que este momento se esté desarrollando en medio de todo el caos de la boda.

Oh, Dios mío. Mis mejillas se tiñen de carmesí y se me desencaja la mandíbula de incredulidad. Me quedo muda, luchando por encontrar las palabras adecuadas. «Yo... bueno...». Me quedo atónita, sorprendida por su audacia.

Por suerte, parece apiadarse de mi tartamudeo.

«Sólo estaba bromeando», dice con esa sonrisa juguetona suya, de esas que me aceleran el corazón. «Yo no llevaría así por los pasillos a una belleza como tú. A menos, claro, que me lo suplicaras». Su guiño descarado hace que mis mejillas se calienten de nuevo, y no puedo evitar sentirme nerviosa otra vez. «¿En qué puedo ayudarte, Willow? Su tono es ligero, pero hay un trasfondo de algo más, algo tentador, que me mantiene pendiente de cada una de sus palabras.

Me aclaro la garganta, intentando tranquilizarme y volver al tema que nos ocupa antes de convertirme por completo en un montón de baba delante de él. «Solo quería conocerte y asegurarme de que sabías lo que hacías al caminar hacia el altar. Jessica estaba preocupada porque no fuiste a la cena de ensayo y le dije que iría a buscarte». A medida que se me escapan las palabras, no puedo evitar desear no haberme ofrecido voluntaria para esta tarea, sobre todo porque empiezo a dudar de que esta oleada de vergüenza vaya a disiparse antes de que empiece la boda.

Hawk asiente mientras hablo, con los brazos cruzados sobre su impresionante pecho. El tamaño de sus músculos es impresionante y, por un momento, me imagino que podría ser uno de los pocos hombres en el mundo capaz de levantarme sin esfuerzo. Con su barba áspera enmarcando su mandíbula cincelada y su pelo repeinado hacia atrás dándole ese aspecto pulido pero salvaje, no dudo ni un segundo de su cháchara de hombre de montaña. «Bueno, ya he caminado antes. Caminar por el pasillo es, ¿qué? ¿Una versión más lenta? ¿Con una mujer preciosa del brazo? Creo que puedo soportarlo». Su voz transmite una confianza juguetona que me hace morderme el labio, dividida entre las ganas de reír y las de esconderme detrás de la puerta más cercana.

Si no deja de llamarme guapa, puede que me haga rogarle que me lleve aquí mismo, en estos pasillos llenos de ecos. «Bien. Bien, hablamos entonces. Te veré en unos minutos», consigo responder, intentando sonar despreocupada a pesar de cómo se me acelera el corazón con sólo pensar en él.

Una sonrisa se dibuja en sus labios, como si supiera exactamente el efecto que causa en mí. «Me muero de ganas», dice, con los ojos brillantes de picardía y algo más profundo.

Me doy la vuelta, pero en mi estado de nerviosismo, tropiezo con mis propios pies y avanzo como una torpe. Maldita sea. ¿Qué me está haciendo este hombre? Me detengo justo a tiempo,

pero no antes de que se me sonrojen las mejillas de vergüenza. Me cuesta creer que esté dejando que me afecte tanto.

HAWK

Creo que preferiría estar en Montana. Quiero a Stephen; ha sido mi mejor amigo desde el instituto, una constante en mi vida a través de todos los altibajos. Pero ahora mismo, este traje es como una camisa de fuerza que me asfixia con su tela sofocante, demasiado apretada alrededor de cada parte de mi cuerpo, y no puedo evitar la sensación de que me está ahogando lentamente.

Casi no llego a la boda. En mi empeño por asegurarme de que los chicos que vigilaban mi ganado estuvieran bien informados de lo que había que hacer en mi ausencia, ayer casi me encuentro atrapada en una ventisca. Apenas nevaba cuando salí a la carretera, pero al cabo de un par de horas la tormenta se intensificó y ya no podía ver las líneas de la carretera. Lo único que podía hacer era mantener las manos firmes sobre el volante, seguir adelante y esperar lo mejor. Vi coches abandonados a un lado de la carretera, cuyos conductores habían hecho un trompo o, siendo más prudentes que yo, habían optado por aparcar y esperar a que pasara algo. Pero yo llevaba cadenas en los neumáticos de mi camión y seguí adelante con obstinación, decidido a llegar a la celebración, aunque tuviera que afrontar las peores condiciones meteorológicas.

Afortunadamente, llegué sin estrellarme. El buen Dios consideró oportuno que llegara a la boda de Stephen y Jessica, y le ofrecí mi gratitud por aquel pequeño milagro.

Sintiendo que el peso del traje de etiqueta me oprimía, le dije a Stephen que necesitaba tomar un poco de aire fresco antes de que intentara asfixiarme. Salí de la habitación del novio, con el aire interior cargado de expectación y olor a colonia, y me dirigí hacia la salida. Justo cuando estaba a punto de empujar la puerta, choqué con una hermosa mujer vestida con un horrible vestido azul empolvado. Tenía que ser una de las damas de honor; nadie en su sano juicio elegiría voluntariamente llevar ese estilo y color para una ocasión tan trascendental. El contraste de sus llamativos rasgos con la monótona tela era casi cómico y, por un instante, me olvidé del asfixiante traje al contemplar su expresión de sorpresa.

Le di un repaso a aquella hermosa mujer y el corazón me dio un vuelco en el pecho como si tuviera mente propia. Me asaltó un instinto primario que me impulsó a agarrarla por la cintura, echármela al hombro y llevarla a mi camioneta, donde podríamos conducir toda la noche de vuelta a Montana bajo el inmenso cielo estrellado. Pero mi cerebro me recordó que tenía que encerrarla antes de que otro hombre se abalanzara sobre ella y la reclamara primero. Le eché un vistazo a las manos; no había anillo ni señal de compromiso. Eso significaba una de dos cosas: o que tenía un novio despistado que aún no había hecho nada, o que estaba soltera y lista para la conquista. En ese caso, me planteé seriamente alejarme de Montana y dirigirme a Kansas, donde imaginaba que estaban las mujeres de verdad, porque por Dios, esta mujer era

impresionantemente guapa y no podía dejar que se me escapara sin intentar al menos establecer una conexión.

Entonces se presentó como dama de honor, un título que tenía un gran significado, ya que pronto me acompañaría al altar. En ese momento, sentí como si las estrellas se hubieran alineado perfectamente. Dios me había susurrado al oído: «Hawk, no te mueras de frío en la ventisca; tienes que llegar a esta boda y conocer a la mujer de tus sueños». Y aquí estaba yo, totalmente hipnotizado ante esta diosa con curvas, sintiendo una innegable atracción que me hacía estar listo y dispuesto a considerar pasar el resto de mi vida con ella.

La vida tiene una forma curiosa de entretejerse y presentarte todo lo que siempre has deseado. Cuando tomé la decisión de desarraigarme y mudarme a Montana, me di cuenta de que Kansas no podía ofrecerme todo lo que deseaba. Claro que había muchas mujeres en casa, pero los vastos espacios abiertos que anhelaba eran escasos. No podía permitirme la tierra a un precio que se ajustara a mi presupuesto, ni podía imaginarme criar ganado o cultivar el estilo de vida con el que siempre había soñado. Dejar atrás la familiaridad de todos y todo lo que conocía era una tarea desalentadora, un salto a lo desconocido, pero era una decisión que tenía que tomar para labrarme un futuro mejor. Ahora, en este momento crucial, parecía que el sacrificio por fin empezaba a dar sus frutos.

Aislarme en Montana fue difícil, pero sin duda mereció la pena cada uno de los retos a los que me enfrenté. El aire fresco y los impresionantes paisajes proporcionaban un telón de fondo que hacía más llevadera la soledad. Cuando me asenté en mi nueva vida, hice nuevos amigos y conocí a un colorido abanico de personas, cada una con sus propias historias que contar. Incluso me aventuré un poco a salir con alguien, abriéndome a las posibilidades que me esperaban. Contraté trabajadores para mi tierra y, mientras trabajábamos juntos bajo el inmenso cielo, encontré camaradería en el sudor y la risa compartidos. La mayoría de ellos se convirtieron en algo más que simples colegas: se transformaron en amigos, y cada uno añadió un hilo único al tejido de mi vida. Los días se hacen largos, llenos de trabajo duro y de la satisfacción que produce construir algo significativo, pero cuando me acuesto a dormir cada noche, me invade una profunda sensación de paz, al saber que por fin estoy viviendo la vida que siempre había soñado. Sin embargo, a pesar de la plenitud que siento, sigue habiendo un vacío: el amor de mi vida, un par de niños con los que compartir este viaje y todos los hermosos recuerdos que crearemos juntos por el camino.

Luego está Willow. Ella podría ser la mujer que he estado buscando. Aún no lo sé con certeza, pero desde luego lo parece, con su sonrisa vibrante y sus ojos brillantes que parecen contener un mundo de calidez. Cuando bromeo con ella, se sonroja y, en ese momento, se transforma en algo aún más adorable que antes. Su forma de reír, el color de sus mejillas, me hacen preguntarme si ella podría ser la pieza que falta en mi rompecabezas. Cada encuentro con ella está cargado de potencial y no puedo evitar esperar que el destino nos una.

No estaba seguro de si Stephen debería haberse casado tan pronto después de conocer a Jessica. La idea del amor a primera vista siempre me pareció absurda, como sacada de un cuento de hadas. Pero entonces conocí a Willow y todo cambió. Al sentir surgir ese impulso primario en mi interior -un deseo abrumador que parecía exigirme que huyera con la dama de honor-, por fin comprendí por qué sentía la necesidad de encerrar a su novia tan rápidamente. No quiero nada más que hacer mía a esta mujer despampanante y llena de curvas. Quiero reclamar cada parte de

ella, explorar las profundidades de su risa y la calidez de su sonrisa.

Mientras la veo alejarse, no puedo evitar reírme cuando tropieza con sus propios pies, un fugaz momento de torpeza que no hace sino aumentar su encanto. Espero que se sienta tan afectada por mí como yo por ella, como si el aire entre nosotros crepitara con posibilidades tácitas. Se me acelera el corazón al pensarlo y no puedo evitar la sensación de que nuestros caminos están destinados a entrelazarse de formas que aún no he imaginado.

WILLOW

«No volverás a tropezar, ¿verdad?». susurra Hawk, con voz baja y burlona, mientras estamos uno al lado del otro, con el corazón acelerado por el momento que nos espera: caminar hacia el altar para la boda de Jessica y Stephen, una celebración de amor y compromiso.

Esperaba que no se hubiera dado cuenta de mi tropiezo. «¿Me vas a pillar si lo hago?». le replico, con la voz apenas por encima de un susurro y un reto juguetón en mis palabras.

«Por supuesto», responde, con una sonrisa bailando en sus labios, "pero la única caída que quiero que hagas es por mí, Willow". Su mirada se clava en la mía, cálida y atrayente, y durante un breve instante, el caos de la boda se desvanece, dejándonos a los dos solos suspendidos en este momento compartido lleno de posibilidades no expresadas.

El corazón me da un vuelco en el pecho y no puedo evitar echarle un vistazo. Me mira de frente, pero una sonrisa confiada se dibuja en sus labios, insinuando picardía bajo la superficie. «No digas cosas que no quieres decir», replico, poniendo los ojos en blanco, antes de volver a centrarme en la escena que se desarrolla ante nosotros mientras la música suena y nos envuelve en su romántico abrazo.

Hawk endereza la postura como si se estuviera preparando para una gran actuación. Su pecho, ya de por sí ancho, se hincha aún más, y la tela de su traje de chaqueta se estira contra sus pectorales, que parecen prácticamente desbordarse. Con un brillo juguetón en los ojos, se inclina ligeramente, con voz baja y burlona. «Siempre lo digo en serio. Como cuando digo que me gustaría verte sin ese vestido».

Antes de que tenga la oportunidad de responder, se acerca un paso con confianza, acortando la distancia entre nosotros. Con los brazos entrelazados, siento que mi destino está inextricablemente ligado al suyo, como si me estuviera entretejiendo con el tejido mismo de este momento. Pego una sonrisa en mi rostro, desesperada por enmascarar el tumulto de emociones que se arremolinan en mi interior. El rubor vuelve a mis mejillas, cálido e innegable, y no puedo evitar notar cómo mi cuerpo me traiciona: mis bragas están húmedas de un deseo que no había sentido en años. Es emocionante y aterrador a la vez, sobre todo cuando me veo empujada ante ciento cincuenta amigos íntimos y familiares de Jessica y Stephen. Le miro, esperando que esté orgulloso de haber despertado en mí este inesperado deseo, incluso en medio de un espectáculo tan público.

Cuando entro en el salón de recepciones, el ambiente bulle de risas y charlas, pero siento una extraña soledad. Me dirijo a la mesa principal, donde al principio estaba sentada junto a Hawk. Jessica había considerado apropiado que compartiéramos el espacio, aunque no fuéramos familia, ya que ambos estábamos aquí para celebrar la unión de la feliz pareja. Pero ahora, al acercarme a mi asiento, me veo atraída hacia un Hawk radiante, con una sonrisa brillante y acogedora.

«Creo que caminamos juntos por el pasillo muy bien», anuncia con confianza cuando me acerco a él. Su tono es un poco juguetón, y no puedo evitar sentir un aleteo de diversión ante su sugerencia. «Deberíamos volver a intentarlo». La forma en que lo dice hace que la idea resulte a la vez desenfadada y tentadora, y no puedo evitar la sensación de que quizá no se refiera solo a la ceremonia.

«¿Es 'atrevido' tu estilo de ligar con mujeres?». le pregunto mientras me acomodo en la silla, con el calor del día aún pegado a la piel. «¿O simplemente dices lo que crees que va a hacer que se ruboricen?».

Hawk acerca su silla a la mía, con un brillo juguetón en los ojos. El salón de recepciones está lleno de risas y charlas, las voces de los invitados se superponen como una sinfonía de celebración. Reconozco muchas caras conocidas, pero todas parecen respetar este momento y optan por no interrumpir nuestra conversación. Tal vez piensen que pareceré menos ocupada cuando llegue el momento y puedan abalanzarse sobre mí para charlar.

«Reconozco lo bueno cuando lo veo», responde, con una sonrisa de confianza que se dibuja en sus labios mientras se inclina ligeramente, como si compartiera un secreto que sólo nosotros conocemos. El ambiente que nos rodea está cargado, nuestras bromas juguetonas tejen una burbuja de intimidad en medio del caos festivo.

Resoplo y sacudo la cabeza, echando un vistazo a la sala en busca de los camareros que deberían estar circulando con bandejas de vino. Ahora mismo me vendría bien una copa, o tres, para quitarme el escozor de los viejos recuerdos. «Según mi ex, te equivocas. Quizá si perdiera diez kilos, por fin sería algo bueno». Oigo cómo la amargura se cuela en mi tono, aguda e inoportuna, y hago una mueca de dolor al oír mis propias palabras.

«Cariño, eres perfecta tal y como eres», responde, con voz cálida y tranquilizadora. «No estoy seguro de lo que te dijo tu ex, pero era un maldito idiota. Eres preciosa. Quizá no con ese vestido, pero creo que era la forma que tenía Jessica de asegurarse de que ninguna de vosotras, las damas de honor, la eclipsara». Hawk se encoge de hombros con una confianza despreocupada que me hace sentir un poco más ligera. «Aunque es un poco difícil hacer eso, porque eres preciosa te pongas lo que te pongas». Sus palabras me envuelven como un abrazo reconfortante y, por un momento, olvido las inseguridades que se han enredado en mi corazón.

¿Quién es este hombre? ¿De verdad debería plantearme mudarme a Montana para empezar de cero? «¿Cuál es tu problema, Hawk?». Me giro hacia él, con la curiosidad picada y quizá un poco a la defensiva. «¿Por qué sigues llamándome guapa? No lo entiendo. ¿Te ha pagado Stephen o algo así?» Le escudriño de pies a cabeza, frunciendo el ceño mientras trato de entender su atención. «Podrías elegir a cualquiera de las solteras de aquí y, sin embargo, no me dejas en paz. ¿Cuál es el problema?»

Por un momento capto un atisbo de vulnerabilidad en su expresión, y mi corazón se estremece de

culpabilidad. Frunce el ceño, normalmente jovial, y veo un destello de dolor en sus ojos, casi como si lo hubiera herido con mis palabras.

«¿Quieres que te deje en paz? ¿De verdad no te interesa?», pregunta con una sinceridad en la voz que me hace cuestionar mis suposiciones iniciales.

Me burlo. «¿Qué?» Al fin y al cabo, él es el más guapo de los dos. «¿Por qué no iba a interesarme? Eres sexy, Hawk. Tienes músculos en todas las superficies imaginables, y la forma en que te comportas destila confianza. Apestas a testosterona. Cada parte de mí quiere arrancarte la camisa ahora mismo, y apenas te conozco. Yo no soy así; no suelo ser tan atrevido. Pero tú, Hawk, eres una fantasía andante».

Hawk vuelve a sonreír, un rayo radiante que ilumina su hermoso rostro, y veo que mis palabras le levantan el ánimo. «Te sigo llamando guapa porque lo eres», responde, con un tono sincero. «Tienes curvas en todos los sitios adecuados, Willow. Quiero enterrarme en ti, pero soy un caballero. Me gustaría llevarte primero a la pista de baile y hacerte girar, sentir esa conexión entre nosotros. Quiero compartir una copa de vino contigo y dejar que la velada se desarrolle con naturalidad. Quiero contarte una o dos historias sobre Montana y lo que hago allí, y quiero escuchar algunas historias sobre tu vida: qué te mueve, con qué sueñas. Luego, quiero sugerirte que nos tomemos una copa en tu casa o en mi hotel, donde te parezca mejor. Y mientras nos reímos de una cosa u otra, quiero inclinarme y besarte, saborear esa chispa que ha estado flotando en el aire entre nosotros. Y mientras avanzamos, quiero quitarte ese horrible vestido que Jessica te hizo comprar y ver lo que hay debajo, la verdadera tú que sé que está esperando a ser descubierta».

Sus palabras avivan llamas que ni siquiera sabía que existían, encendiendo un calor en mi interior que me emociona y me aterroriza a la vez. Mi respiración se vuelve errática, cada inhalación se agita con una mezcla de anticipación y deseo, y me muerdo el labio para no inclinarme hacia delante y besarlo en ese mismo instante. Tiene un talento increíble para tejer una escena erótica, pintando imágenes vívidas con nada más que su voz. «Y Stephen no te pagó para que dijeras eso, ¿verdad? Me burlo, tratando de mantener el ambiente ligero.

«Stephen todavía me debe 25 dólares del fútbol de fantasía de hace tres años». Se ríe y el sonido me produce un delicioso escalofrío.

Lo tomo como un no. Es una posibilidad remota, pero la he reducido considerablemente. «Bueno, empecemos con una copa de vino. Si va bien, pasaremos a esas otras cosas que has mencionado», sugiero, con el corazón acelerado ante la idea. Una parte de mí desea desesperadamente saltar hasta el final, donde él me quita el horrible vestido que Jessica me hizo comprar, revelando la verdadera yo que ha estado oculta bajo capas de tela y expectativas. Pero me recuerdo a mí misma que soy una mujer paciente. ¿Qué son unas cuantas horas de vino y cena antes de que lleguemos a lo bueno? Cada momento que paso en su compañía no hace sino intensificar mi deseo, haciendo que la promesa de lo que está por venir sea aún más tentadora.

HAWK

No me sorprende en absoluto que Willow haya elegido ser organizadora de bodas. Hay un brillo innegable en sus ojos cada vez que habla de algo relacionado con bodas. Habla de ellas con tanta pasión y entusiasmo, como si fueran el día más glamuroso y significativo de la vida de una persona, un momento que merece ser celebrado por todo lo alto.

«Sé que a muchos hombres no les gustan los cuentos de hadas», dice, con una sonrisa que vacila ligeramente, revelando una pizca de vulnerabilidad bajo su apariencia segura. «Pero yo disfruto de verdad haciendo realidad los sueños de los demás. Claro, es sólo un día, pero todo el mundo recuerda el día de su boda. Puede que no recuerden todos los pequeños detalles, como las servilletas o las flores o lo que sea, pero siempre recordarán la sensación de caminar hacia el altar y la alegría de la recepción. Esos grandes momentos, ¿sabes? Seguro que todo esto te parece una tontería, teniendo en cuenta que tú eres el tipo de persona que hace algo tan varonil, alguien a quien probablemente no le interesen estas cosas». Su voz se interrumpe, dejando una persistente curiosidad sobre lo que podría pensar de mí.

En cierto modo, tiene razón. No me importan las bodas tanto como a ella. El mero hecho de que haya participado en trece bodas en sólo dos años me parece una locura. «Para ser justos, a mi ganado no le gustan mucho las bodas. Simplemente se aparean, y antes de que me dé cuenta, es temporada de partos otra vez. Sin alharacas ni fanfarrias, la naturaleza sigue su curso».

Su risa es el sonido más refrescante que he oído en todo el día y alegra el ambiente que nos rodea. «Bueno, ¿qué tal si me haces girar alrededor de la pista de baile para una canción o dos? Pensé que habías dicho que eso estaba sobre la mesa, después de todo. Ya sabes, antes de quitarme el vestido». Su reto juguetón flota en el aire, encendiendo una chispa de excitación y picardía a la que no puedo evitar responder.

Ya sea por el vino o porque por fin se da cuenta de mi punto de vista, le cojo la mano antes de que pueda cambiar de opinión. «Tus deseos son órdenes, preciosa».

Mientras la guío hacia la pista de baile, levanta la mano que le queda libre con un gesto alegre y saluda a algunas caras conocidas repartidas por el local. «¡Hola, Sarah! Hola, Ben», grita, y cada nombre se le escapa de la lengua sin esfuerzo. A lo largo de la noche, nuestra conversación se ha visto salpicada de amistosas interrupciones, ya que varios invitados se han acercado a saludarnos con miradas curiosas. En todas las ocasiones, me ha dejado claro que soy el padrino, no una cita cualquiera. No puedo evitar sentir una mezcla de orgullo y diversión ante su insistencia, como si estuviera reclamando este momento que estamos compartiendo.

«En las otras doce bodas a las que has asistido en los últimos dos años, ¿con cuántos hombres has bailado antes que conmigo? le pregunto, acercándola hasta que queda pegada a mi cuerpo. Encaja como un guante; sus curvas se alinean perfectamente con las mías, como una pieza de puzzle encajando en su sitio, creando una calidez que irradia entre nosotros.

Su mirada se pierde en la distancia, una expresión pensativa cruza su rostro como si estuviera escudriñando en sus recuerdos. «¿Quizá dos? Probablemente sí. Nadie quiere bailar con la gorda». Su voz transmite una pizca de vulnerabilidad, y puedo sentir el peso de esas experiencias pasadas en sus palabras. Desearía poder borrar esos momentos para ella, mostrarle lo hermosa que es de verdad, especialmente en este momento en el que la música nos rodea, envolviéndonos en su abrazo.

«No estás gorda». Tiro de ella más cerca, rodeándola con mis brazos mientras nos balanceamos juntas al ritmo de la música, sintiendo las suaves vibraciones reverberar a través de nuestros cuerpos. «Eres demasiado dura contigo misma, Willow. Yo tampoco entiendo por qué te sientes así». Inclino la pelvis hacia ella, presionando suavemente la parte baja de su vientre, una conexión palpable chispea entre nosotras. «¿Sientes eso? ¿Sientes mi excitación? Eso es todo para ti, nena. Porque eres absolutamente preciosa e increíblemente sexy».

Levanta la mirada para encontrarse con la mía, sus ojos brillan con una mezcla de vulnerabilidad y deseo, su respiración se entrecorta ligeramente bajo el peso de sus sentimientos. «Hawk», susurra Willow, su voz baja y llena de anhelo. «Eres demasiado amable.

«Solo digo lo que siento, cariño. Eres impresionante más allá de las palabras». Me inclino para besarla suavemente, saboreando el persistente gusto del dulce Moscato que había estado bebiendo antes. Es un sabor que baila en mi lengua, mezclándose con el calor que irradia de ella. Cuando su lengua se desliza tibiamente por mi labio inferior, me recorre una oleada de electricidad y no puedo evitar sonreír durante el beso. Es la mujer más dulce con la que he estado nunca, y el deseo de poseerla en más de un sentido se apodera de mí como una marea.

De mala gana, me separo y mi aliento se mezcla con el suyo, creando un momento compartido cargado de expectación y palabras no dichas. «Cuando se vayan los recién casados, ¿quieres venir a mi hotel? Pregunto, con el corazón acelerándose más de lo que me gustaría admitir. «Puedes decir que no si quieres; no heriré mis sentimientos. O si dices que sí y luego decides que no quieres hacer nada, también lo entiendo». Las palabras salen deprisa, cada una impregnada de sinceridad. Quiero que sepa, sin lugar a dudas, que no tiene que hacer nada que no quiera. Quiero que se trate de su comodidad, de sus decisiones, y esa seguridad flota en el aire entre nosotros, cargada y esperando.

Parece un poco indecisa, como si estuviera al borde de un acantilado, asomada a un abismo desconocido. Es como si navegara por un territorio en el que nunca se ha aventurado, emocionante y desalentador a la vez. «Quiero que te sientas cómoda, Willow. Incluso podemos volver a tu casa si quieres. O tal vez te dé mi número y...»

Pero antes de que pueda terminar mi pensamiento, ella me corta, su voz firme pero tierna. «Tu hotel es perfecto, Hawk. Y si quiero parar, te lo haré saber. Pero tienes que saber algo». Mira entre nosotros, con un destello de vulnerabilidad en los ojos, antes de volver a mirarme. La sorprendo mordiéndose nerviosamente el labio, un pequeño gesto que revela el torbellino de emociones con el que está lidiando. «No lo había hecho antes. Nunca ha sido el momento ni la

persona adecuados. Quería hacerlo», dice, con la voz impregnada de una mezcla de esperanza y temor, »pero nunca me ha pasado. ¿Está... bien?»

Está más que bien. «Willow, prometo ir despacio contigo. Quiero que te sientas completamente cómoda. Y si alguna vez dices que pare, pararé, sin hacer preguntas. Lo que quieras, cariño, estaré aquí para ti».

Me confía su flor más preciada, y eso no es poca cosa. Es una gran responsabilidad que no me tomo a la ligera. Puedo sentir la gravedad del momento, una mezcla de emoción y seriedad que se arremolina en el aire entre nosotros. Estoy preparada para el reto, ansiosa por honrar su confianza y guiarla suavemente en este nuevo territorio.

WILLOW

Cuando por fin llegamos a la habitación de hotel de Hawk, me recibe con un sinfín de ofertas, desde un surtido de suntuosas comidas y refrescantes bebidas hasta la promesa de un masaje de tejidos profundos que suena celestial. Ojalá pudiera sentir algo de nerviosismo, el tipo de anticipación nerviosa que uno espera sentir antes del primer encuentro íntimo. Pero, en lugar de eso, me recorre una sensación de excitación que enciende mis sentidos.

Cuando uno se encuentra al borde de un precipicio, normalmente se siente abrumado por la ansiedad de dar ese fatídico paso. Sin embargo, aquí estoy, sintiendo un impulso irresistible de saltar de cabeza hacia lo desconocido, dispuesta a abrazar lo que sea que me espere al otro lado. La emoción de la posibilidad me envuelve como una manta cálida que me reconforta a su manera.

«¿Qué quieres hacer primero, Willow? me pregunta Hawk, con voz firme, mientras se quita la chaqueta y la cuelga en el respaldo de una silla, con la tela crujiente contrastando con la calidez de la habitación.

Me quito los zapatos, sintiendo el frescor del suelo bajo mis pies descalzos, y él hace lo mismo, uniendo sus zapatos a los míos en un montón silencioso. «Quiero que me tomes. Quiero que lo hagas conmigo como si fuera cualquier otra mujer. Olvida lo que dije sobre ser virgen». Las palabras salen a borbotones, crudas y sin filtrar, mientras busco su comprensión en los ojos. No quiero que se ponga nervioso al acostarse conmigo; quiero aliviar la tensión que pueda haber entre nosotros. Estoy segura de que me sentiré lo bastante nerviosa por los dos cuando llegue el momento, pero me niego a dejar que eso eclipse lo que realmente deseo. «Quiero que me hagas tuya, Hawk». El peso de mi confesión flota en el aire, cargado con la electricidad de la promesa tácita y la anticipación.

Me recorre un estremecimiento al sentir su excitación, sólida e inflexible, bajo los pantalones. «Tienes una forma de sacármela», respondo con una sonrisa, con el corazón latiéndome en el pecho. Acorta la distancia que nos separa, me coge por las caderas y tira de mí hacia él. Se me corta la respiración cuando sus labios se encuentran con los míos, un beso lento y deliberado, una promesa de lo que está por venir. Su lengua acaricia la mía y un escalofrío me recorre la espalda, dejándome húmeda y deseosa de más. Cuando por fin se separa, me quedo sin aliento, con el cuerpo vibrando de deseo.

Le recorro el pecho con los dedos y noto los firmes músculos que se ondulan bajo su camisa. Parece que trabajar con ganado tiene sus ventajas, pienso irónicamente, mientras empiezo a

desabrochar los botones uno a uno. Su piel es cálida y atractiva, y no puedo evitar soltar un pequeño suspiro de placer mientras exploro las crestas y los planos de su pecho.

Se aparta de mí de repente, con un brillo travieso en los ojos. «Vamos a quitarte este vestido», me dice en voz baja y ronca. Siento un escalofrío de expectación cuando me da la vuelta y empieza a desabrocharme la cremallera del vestido. Sus manos son cálidas y fuertes en mi espalda, y me inclino hacia sus caricias mientras me quita lentamente el vestido. Noto su aliento caliente en mi cuello mientras el vestido cae al suelo, dejándome en ropa interior. «Maldita sea», susurra desde detrás de mí, con una voz llena de asombro y deseo. No puedo evitar sonreír ante el cumplido, sintiéndome más segura y deseable que nunca.

Me vuelvo hacia él y le dejo que aprecie el efecto de la ropa interior negra de encaje que me he puesto esta mañana, la delicada tela que abraza mis curvas de la forma adecuada. «¿Y ahora qué? le pregunto, con la voz apenas por encima de un susurro, entremezclada con una mezcla de curiosidad y desafío juguetón.

Su mirada se intensifica y noto cómo se le entrecorta ligeramente la respiración al asimilarme. «Voy a necesitar que te subas a esa cama», dice en voz baja, con un tono que baja una octava, cargado de deseo, como si el aire que nos rodea se hubiera encendido. El fuego que ilumina sus ojos me hace sentir un escalofrío. «Antes de que te arranque las bragas». Sus palabras flotan en el aire, cargadas de expectación, y puedo sentir la tensión entre nosotros crepitando como electricidad.

Parece una delicia, pero dado que este exquisito conjunto de encaje me ha costado un ojo de la cara, no puedo evitar acatar sus órdenes. Con una mezcla de expectación y emoción revoloteándome en el estómago, me acerco a la cama a grandes zancadas, con el corazón acelerado a cada paso. Mientras me arrastro sobre las mullidas sábanas, me tomo un momento para acomodar las almohadas a mi gusto, moldeándolas para que acunen mi cuerpo hasta que encuentro una postura que me resulta acogedora y cómoda. La tela de felpa susurra promesas de indulgencia, aumentando la tensión en el aire mientras me acomodo, esperando su próximo movimiento.

Hawk permanece cautivado, sin apartar la mirada de mí, mientras se quita la camisa y deja al descubierto los músculos tensos de su pecho y su abdomen. Un escalofrío de excitación me recorre mientras él continúa desnudándose, desabrochándose hábilmente el cinturón y bajándose los pantalones. La suave luz de la habitación ilumina los contornos de su cuerpo, proyectando tentadoras sombras que bailan sobre su piel.

Mueve ligeramente la cabeza, como incrédulo, y murmura: «No tienes ni idea de lo seductora que eres ahora mismo, Willow». La sinceridad de su voz resuena en lo más profundo de mi ser y siento cómo el rubor se extiende por mis mejillas. Se acerca un paso a la cama y sus ojos brillan de admiración y deseo. «Apenas puedo creer que me hayas elegido para compartir esta experiencia. Me siento muy humilde y agradecida. Y si te soy totalmente sincero, creo que me he enamorado de ti, Willow».

No puedo evitar reírme, convencida de que está exagerando para causar efecto, pero cuando lo miro, me doy cuenta de que no comparte mi diversión. Su expresión sigue siendo seria e inquebrantable, lo que me hace preguntarme si lo dice en serio. ¿Será verdad lo que dice? La idea es a la vez emocionante y desconcertante, y hace que mi corazón se acelere de un modo que no

esperaba.

Se acerca a la cama con una gracia depredadora y su mirada se clava en mi figura. La intensidad de sus ojos es casi palpable y me produce un escalofrío. «Probablemente debería quitármelos», murmura, en voz baja y ronca, mientras se mete los pulgares en la cintura de los calzoncillos. Se me corta la respiración cuando se los quita, mostrando su excitación en todo su esplendor. Su mirada, tan segura y desvergonzada, sólo sirve para aumentar mi propio deseo. Siento cómo se me ruborizan las mejillas al contemplarlo en toda su longitud, con el corazón latiéndome a mil por hora por lo que está por venir.

Por un instante, me pierdo en lo absurdo de todo esto, preguntándome cómo se supone que ese impresionante monstruo va a caber dentro de mí. Parece casi surrealista, como una creación fantástica que desafía la lógica. Sin embargo, de alguna manera, todo en él parece funcionar en perfecta armonía. Su enorme tamaño es a la vez sobrecogedor y estimulante, y no puedo evitar sentir el impulso de aplaudir este magnífico despliegue de confianza y atractivo. Mi corazón se acelera al pensarlo, como si mi cuerpo ya estuviera anticipando lo imposible.

Hawk se sube a la cama, con un brillo juguetón en los ojos, y comienza su exploración con un suave beso en mi ombligo. «Dios, eres preciosa», murmura en voz baja y llena de admiración. Mientras me lame burlonamente un círculo alrededor del ombligo, una carcajada se escapa de mis labios, brotando de un profundo pozo de placer. La sensación me produce escalofríos y me invade un calor que me deja sin aliento y ansiosa por recibir más de sus tiernas atenciones.

«Eh», le reprendo, con voz ligera pero firme, »deja de hacer eso. Tengo cosquillas».

Responde con una sonrisa traviesa, de las que prometen problemas, y antes de que pueda reaccionar, vuelve a hacerlo, con sus dedos juguetones dirigiéndose a mis costados. Me sujeta las caderas con firmeza, asegurándose de que no pueda apartarme, con un tacto a la vez burlón y posesivo. «La risa es estupenda en la cama», declara, con tono burlón, mientras yo me retuerzo e intento apartarlo. «Es el signo de una gran relación». El calor de su aliento contra mi piel aumenta las mariposas que revolotean en mi estómago y me impide concentrarme en otra cosa que no sea el delicioso caos que ha creado.

Me deslizo más en la cama, intentando guiar sus atenciones, y, agradecida, sus labios se dirigen a mi cadera derecha. Me llena de besos, mordisquitos y lametones, como si fuera un cucurucho de helado con sabor a Willow y estuviera saboreando cada momento. El calor de sus caricias se extiende por mí, y apenas ha empezado a explorar de verdad.

Su mano desciende hasta encontrar el camino a mi coño, donde recorre burlonamente la humedad que ha infundido a través de la tela. «Ah, parece que alguien está más que preparada», murmura contra mi piel, con una voz grave que me produce escalofríos. «Quizá sea hora de quitárselos».

Aunque sé que los preliminares deben ser un asunto prolongado, una parte de mí anhela que se deshaga de mis bragas y me penetre sin más demora. Que se deje de preámbulos tentadores y me reclame en cuerpo y alma.

Engancha los dedos en la cinturilla de mis bragas, la cinta de encaje es un mero susurro contra su piel cuando empieza a bajármelas lentamente. El ritmo es una provocación deliberada, un tormento sensual que me hace desear más. Se me entrecorta la respiración cuando el aire frío

golpea mi carne expuesta, y no puedo evitar retorcerme bajo su mirada.

«Abre las piernas, nena», me ordena con una voz que apenas es un gruñido. Es una orden que no puedo rechazar, una exigencia que me produce una descarga eléctrica en todo el cuerpo. Hago lo que me dice, abriéndome completamente a él, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

Toma un dedo singular y lo pasa por mi raja, la sensación es tan poderosa que me estremezco, mi cuerpo tiembla de necesidad. «Eres muy sensible», anuncia Hawk, con una nota de satisfacción en la voz al verme reaccionar a sus caricias. Sólo puedo asentir, con la voz perdida por el torbellino de emociones que amenaza con desbordarme. Estoy completamente a su merced, y no me gustaría que fuera de otro modo.

Entonces vuelve a su posición anterior, pero esta vez más abajo, besándome el muslo con un fervor exquisito, mordisqueando la tierna carne que me produce escalofríos. Cada caricia enciende un fuego en mi interior, que me hace subir por las paredes con una mezcla de anhelo y desesperación. Oigo mi propia respiración agitada, un sonido cargado de sorpresa y placer, y su risita suave hace lo mismo, rica y cálida, provocando ondas de excitación en el aire que nos rodea.

Susurra tentadoramente: «Voy a prodigar mi atención en tu clítoris, cariño, y una vez que te tenga temblando de anticipación, deslizaré mis dedos dentro de esa dulce y acogedora calidez, preparando tu exquisito coño para mi palpitante polla». La promesa en su voz es embriagadora, y apenas puedo contener mi excitación. Logro decir entrecortadamente: «Sí, por favor», y él añade: «Pero recuerda, si alguna vez te resulta abrumador, dímelo. Tu placer es mi máxima prioridad».

Las sensaciones que ya siento son casi abrumadoras, un delicioso torbellino de nuevas experiencias que me hace sentir escalofríos de placer por todo el cuerpo. Cada caricia enciende una chispa en mi interior, y apenas puedo procesarlo todo. Me siento al borde de la sobrecarga sensorial, perdida en una neblina de euforia. La única respuesta que puedo dar es un ferviente asentimiento con la cabeza, rezando para que comprenda la profundidad de lo que estoy experimentando. Sin embargo, un hombre como él, tan seguro de sí mismo y tan hábil, seguro que ha navegado por este terreno más de una vez. No puedo evitar confiar en que sabe exactamente lo que hace, guiándome a través de este embriagador viaje.

La abrasadora boca de Hawk se abre paso hasta mi punto más sensible y, por reflejo, me agarro a las mantas mientras una oleada de placer me inunda. Su lengua sigue un ritmo tentador, pasando de un lado a otro del hinchado nódulo, provocando sacudidas eléctricas que recorren todo mi cuerpo. Apenas puedo contenerme cuando un dedo solitario penetra mi entrada, al que pronto se une otro, ambos provocando y atrayendo en una danza sincronizada que me hace arquear la espalda, desesperada por más. La sensación es casi insoportable, pero me encuentro deseando este exquisito tormento, con la respiración entrecortada mientras me rindo a su magistral tacto.

Con Hawk, el ascenso al éxtasis es un viaje exquisito como nunca antes había experimentado. Los vibradores me han liberado en el pasado, y no soy ajena a la sensación de un orgasmo, pero la forma en que la boca de Hawk adora mi punto más sensible lo distingue de los demás. Aplica la succión perfecta sobre mi clítoris, provocando gemidos que no puedo contener mientras mis caderas se balancean instintivamente en respuesta. El incesante asalto de su lengua, que me acaricia, succiona y rodea, me deja jadeando y gritando su nombre en una súplica desesperada por más.

Al mismo tiempo, sus dedos tejen un intrincado patrón dentro de mí, trabajando en armonía con su hábil boca para empujarme hacia cotas de placer que nunca hubiera imaginado posibles. Cada caricia deliberada de sus dedos me provoca olas de euforia que me dejan completamente a su merced. La combinación de su talentosa lengua y los movimientos sincronizados de sus dedos es un potente cóctel que me tiene al borde de la liberación, ansiando el dulce olvido que sólo Hawk puede proporcionarme.

Cuando el orgasmo me desgarra, me pilla desprevenida, dejándome completamente desencajada. Grito el nombre de Hawk como si fuera mi último salvavidas, mi voz resuena en la habitación mientras me rompo en mil fragmentos brillantes. Sin embargo, aunque la intensidad alcanza su punto álgido, él no ceja. Su magistral lengua continúa su implacable exploración, mientras sus dedos persisten en su danza íntima, masajeando mis puntos más sensibles con una precisión inflexible. Es como si comprendiera instintivamente que necesito esta estimulación prolongada para experimentar plenamente las exquisitas ondulaciones de mi liberación. Cuando las oleadas de placer empiezan a remitir, me quedo tumbada, totalmente agotada y cautivada por sus hábiles caricias.

«Sabes a miel, cielo», me dice, su voz es un susurro sensual que me produce escalofríos mientras termino, con el cuerpo reluciente por una fina capa de sudor que atrapa la luz como pequeños diamantes. «Cuando te besé antes, supe que eras lo más dulce que había tenido nunca. Esto no hace más que confirmarlo. Como el zumo de melón, tan rico y embriagador».

Miro hacia abajo y se me corta la respiración al ver su cara asomar entre mis muslos, con un brillo juguetón en los ojos. «¿Cómo lo has hecho? pregunto, realmente asombrada, con una mezcla de incredulidad y asombro en mi voz.

Se limita a encogerse de hombros, un gesto indiferente que oculta la sonrisa orgullosa que baila en sus labios, una sonrisa que irradia confianza y satisfacción. «¿Quieres que lo haga otra vez?», bromea, con un tono a la vez sugerente y travieso, como si supiera exactamente el efecto que sus palabras tienen en mí.

WILLOW

Mientras intento ordenar mis pensamientos, no puedo evitar maravillarme ante el hombre que tengo delante. ¿Cómo he podido encontrar a alguien que me ve hermosa y deseable, y que disfruta tanto provocándome orgasmos de infarto? Parece un sueño, un cuento de hadas hecho realidad. Pero, ¿de esto están hechos los cuentos de hadas? Mientras mi mente se llena de preguntas, me doy cuenta de que esto no parece real. Es demasiado bueno para ser verdad.

«Quiero más, Hawk», susurro, con voz apenas audible. «Lo que acabas de hacer ha sido increíble, realmente increíble. Pero sé que el sexo es mucho más que eso. Quiero que me tengas de otras maneras, que explores mi cuerpo y descubras todos los puntos secretos de placer que he estado deseando compartir con alguien.»

Mi corazón se acelera mientras espero su respuesta, con la esperanza de que entienda lo que intento decirle. Quiero experimentar todo lo que el sexo puede ofrecer, ir más allá de mi zona de confort y descubrir nuevas cotas de placer. Y quiero hacerlo con Hawk, el hombre que ya me ha demostrado que es capaz de hacerme sentir cosas que nunca creí posibles.

«Eso es lo que me gusta oír, nena», dice, con una voz llena de confianza y una sonrisa de satisfacción en los labios. «¿Cómo de rápido puedo quitarme el sujetador?

Con una oleada de júbilo, me incorporo, sintiendo el peso de su mirada sobre mí mientras me llevo la mano a la espalda. Mis dedos tantean un momento el gancho y el ojal, una mezcla de nervios y excitación me recorre. Finalmente consigo desabrocharlo y, con una sonrisa burlona, lo dejo caer y lo veo caer al suelo junto a la cama como un recuerdo olvidado. «Así de rápido», respondo, con el corazón acelerado mientras me deleito con la emoción del momento.

Su mirada me devora con una intensidad que me produce escalofríos. Nunca había visto a un hombre mirarme así, con tanto apetito y deseo. Siento como si quisiera consumirme por completo, envolviéndome en su fervor. «Eres una diosa», susurra en voz baja y reverente mientras se arrastra por la cama, con movimientos deliberados y tentadores. Con cada centímetro que gana, me empuja hacia abajo, y no puedo evitar sentirme vulnerable y poderosa al mismo tiempo. «Te mereces que te adore», añade, y el peso de sus palabras me envuelve como un cálido abrazo, encendiendo algo en lo más profundo de mi ser.

Cuando su boca desciende hasta mi pezón, siento un escalofrío de placer que me recorre la espina dorsal. Su lengua acaricia mi sensible capullo con una pericia que me deja sin aliento, imitando la forma en que se burló de mi clítoris momentos antes. La sensación es húmeda y caliente, y me encuentro retorciéndome de deseo bajo él.

La polla de Hawk me aprieta el muslo, un grueso y pesado recordatorio de lo que está por venir. No puedo evitar preguntarme cómo encajará todo, pero la expectación no hace sino aumentar mi excitación. Sé que me tiene reservado algo increíble y estoy impaciente por experimentarlo. El peso de su cuerpo sobre mí es reconfortante y estimulante a la vez, y siento que me entrego por completo al momento.

«Estás más que lista», susurra contra mi pecho, y su mano se desliza entre mis piernas para tocar mis pliegues resbaladizos. La sensación de sus dedos callosos sobre mi piel sensible me produce una sacudida de placer.

Nunca he deseado nada más que a él en este momento. «Sí», suspiro, intentando mantener la voz firme mientras el deseo amenaza con desbordarme.

Guía su gruesa polla hasta mi entrada, provocándome con la punta mientras presiona contra mi humedad. Noto cómo me estiro para acogerlo y saboreo el delicioso dolor que me produce. Se toma su tiempo, entrando en mí centímetro a centímetro, y aprecio el cuidado que tiene conmigo.

Cuando por fin se detiene dentro de mí, deja de jugar con mi pezón y me mira a los ojos. La intensidad de su mirada me produce un escalofrío y puedo ver el deseo reflejado en sus ojos. Lo desea tanto como yo.

Con un suave empujón, empieza a moverse dentro de mí y siento que me entrego por completo al momento. El peso de su cuerpo sobre mí, la sensación de que me llena, todo es más de lo que jamás hubiera imaginado. Y sé que esto es sólo el principio.

A medida que me adapto a su tamaño, noto cómo me estiro para acomodarme a él, cómo cada terminación nerviosa de mi cuerpo se agudiza y se vuelve sensible a su tacto. Clavo los dedos en los firmes músculos de sus antebrazos, que me sirven de ancla para mantenerme firme mientras él continúa penetrándome. Con cada nuevo centímetro, jadeo y me muerdo el labio, intentando contener la abrumadora sensación de estar completamente llena por él. Es casi demasiado, pero al mismo tiempo es exactamente lo que he estado deseando. Noto cómo mi cuerpo cede ante el suyo, entregándose por completo al placer de nuestra conexión.

«¿Qué se siente, Willow?» Me susurra al oído, su aliento caliente contra mi piel.

Su pelvis está firmemente apretada contra la mía, y sé que me he acomodado completamente a su enorme longitud y circunferencia. Siento una sensación de plenitud que es reconfortante y estimulante a la vez. Podría vivir en este momento para siempre, perdida en la sensación de estar completamente conectada a él. «Me gusta esto», digo con una tímida sonrisa, con la voz apenas por encima de un susurro. «¿Qué más hace?

Hawk se ríe suavemente, y el sonido me produce un escalofrío. «¿Recuerdas el orgasmo de antes? Hace algo parecido». Echa las caderas ligeramente hacia atrás para que me adapte a la nueva sensación antes de empezar a meter y sacar. Cada golpe es lento y deliberado, como si estuviera saboreando la sensación de estar dentro de mí. Gimo de excitación cuando empieza a acelerar el ritmo y sus embestidas alcanzan un punto profundo que me resulta nuevo e inexplorado. Es un tipo de placer diferente al que había experimentado antes, y siento que me pierdo en la sensación. Clavo los dedos en sus firmes antebrazos y los uso como ancla para mantenerme firme mientras él sigue moviéndose dentro de mí. Con cada nueva caricia, siento que mi cuerpo cede ante el suyo, que se entrega por completo al placer arrollador de nuestra

conexión.

Obediente a su orden, le rodeo la cintura con las piernas, atrayéndolo aún más hacia mí. La sensación de su virilidad es indescriptible, supera todo lo que mi vibrador podría ofrecer. Cada caricia es un nuevo descubrimiento, un territorio inexplorado que me deja sin aliento y con ganas de más.

Mientras lo agarro con más fuerza, él profundiza aún más, alcanzando ese punto escurridizo con mayor precisión. El placer se intensifica, me recorre el cuerpo y me lleva al borde del abismo. «Más fuerte», le suplico, con la voz apenas convertida en un susurro mientras lucho por mantener la compostura. Sé que si mantiene este ritmo, si sigue golpeando ese punto dulce con la fuerza justa, me llevará al éxtasis. Lo siento crecer dentro de mí, una ola imparable que amenaza con consumirme por completo.

Con eso, Hawk parece no necesitar más estímulos. Se inclina más hacia mí y sus labios encuentran el punto sensible de la base de mi cuello. Me pellizca y muerde la tierna carne, provocándome escalofríos a medida que sus embestidas se hacen más fuertes. La exquisita mezcla de dolor y placer de sus mordiscos y la sensación de su polla golpeando ese punto perfecto dentro de mí es casi insoportable. Me agarro a su brazo y mis dedos se clavan en su piel mientras lucho por mantener una cierta sensación de control. No puedo evitar gritar su nombre mientras arqueo la espalda, correspondiendo a sus embestidas mientras me invade un intenso orgasmo.

Hawk no tarda en seguirle, y un gruñido profundo y gutural se escapa de sus labios mientras se libera dentro de mí. Noto el calor de su semilla llenándome y agradezco la pequeña gracia del control de la natalidad. Cuando los dos salimos de nuestro éxtasis, no puedo evitar sentir una sensación de satisfacción y satisfacción que me invade. Son momentos como éste los que hacen que merezca la pena.

Noto el peso de su cabeza contra mi pecho, pesada y satisfecha cuando termina, bombeando lo último de sí mismo con cada embestida final. Su respiración es agitada, como la mía, mientras ambos intentamos recuperar el aliento.

Hawk maldice en voz baja, un «que me jodan» que me hace sonreír a mi pesar. Se tumba a mi lado, con el cuerpo aún resbaladizo por el sudor. Ya siento su ausencia, un vacío repentino que me hace querer tirar de él.

Pero ya se está apoyando en un codo y me mira con una sonrisa burlona. «Me dice en voz baja y ronca: «¿Qué tal tu primera vez, preciosa?».

Siento que el rubor sube por mis mejillas, pero no intento ocultarlo. «Fue... increíble», digo, con la voz apenas por encima de un susurro. «No sabía que se podía sentir así».

La sonrisa de Hawk se convierte en una sonrisa de oreja a oreja y se inclina para darme un suave beso en los labios. «Me alegro», dice, con su aliento cálido contra mi piel. «Me alegro de ser yo quien te lo enseñe».

HAWK

Cuando miro a Willow, las tenues arrugas que rodean sus ojos y la ligera caída de sus hombros revelan el cansancio que intenta ocultar. Sin embargo, su radiante sonrisa y el brillo de sus ojos cuentan otra historia. Una historia de satisfacción y gratificación.

«No podría haber pedido una primera vez mejor», murmura, con voz apenas por encima de un susurro. La incredulidad tiñe sus palabras mientras sacude la cabeza, haciendo que sus rizos castaños se balanceen suavemente. «¿Dos orgasmos?», repite, como si aún estuviera intentando hacerse a la idea. «Ni siquiera esperaba uno, y mucho menos dos». Suelta una risita suave, con las mejillas sonrojadas por la vergüenza y el placer. Su felicidad me llena de una calidez que se extiende por mi pecho y hace que mi corazón se hinche de afecto.

Reflexiono sobre las mujeres con las que he compartido mi vida a lo largo de los años, y nada es comparable a lo que pasé con Willow. Puede que ella no haya sido la protagonista de nuestro encuentro, pero tenemos por delante un apasionante mundo de posibilidades. Tenemos todo el tiempo del mundo para explorar los deseos del otro, para aprender los trucos que mejorarán nuestra conexión. Puedo enseñarle las formas de darme placer y, a cambio, puedo descubrir las pequeñas cosas que encienden su pasión. Esta noche, sin embargo, era todo sobre ella, su alegría, su satisfacción.

Cuando Willow se levanta para ir al baño y recoger, no puedo evitar ver cómo su grácil figura se aleja de mí. La visión de mi esencia brillando en sus muslos me llena de un inesperado sentimiento de orgullo y masculinidad. Es una sensación extraña pero estimulante, saber que he dejado mi huella en ella. Me doy cuenta de que debería haberle pedido su consentimiento antes de soltarme, pero en el calor del momento todo me había parecido tan bien. Aunque sé que debería disculparme por mi impulsividad, mis pensamientos cambian radicalmente cuando sale del baño, con la piel resplandeciente y fresca tras una ducha rápida. Su aspecto, radiante y revitalizado, despierta otra idea en mí, una que promete profundizar aún más nuestra conexión.

«¿Confías en mí?» le pregunto mientras se desliza de nuevo sobre la cama, y el movimiento de su cuerpo cautiva mi atención.

Sus ojos se entrecierran un poco, una mezcla de juego y duda se dibuja en sus rasgos, y una sonrisa reacia se curva en la comisura de sus labios. «Tal vez. ¿Por qué?

Respiro, sintiendo el peso del momento, el aire cargado de expectación. «Quiero que te sientes en mi cara. Quiero darte un tercer orgasmo». Las palabras flotan en el aire, cargadas de una intensidad eléctrica, una promesa de placer que baila entre nosotros.

Las mejillas de Willow vuelven a teñirse de un vivo carmesí, reminiscencia del día anterior, cuando me burlé juguetonamente de la posibilidad de cogerla en el pasillo de la iglesia. «Hawk, no puedo hacer eso. Te asfixiaré. Te aplastaré hasta la muerte. Te...»

La interrumpo, incapaz de dejarla caer en una espiral tan absurda. «No vas a hacer nada de eso. Ahora, sube aquí ese precioso culo», le ordeno, señalando hacia mi cara, "porque quiero tenerte así". El peso de mi deseo se cierne entre nosotros, haciendo que el aire se llene de tensión y expectación.

Veo la lucha interna que se desarrolla en el rostro de Willow, pero al final parece tomar una decisión. Con cierta reticencia, se coloca sobre mí y empieza a subir por mi cuerpo. Siento el calor que irradia a medida que se acerca.

«Si no puedes respirar, dame dos golpecitos en el muslo o algo», me dice, todavía insegura. «Me sentiría fatal si acabara siendo responsable de la muerte del hombre que me quitó la virginidad».

No puedo evitar sonreírle. «Si es así, moriré como el hombre más afortunado y feliz de todo el universo», la tranquilizo. La expectación que se crea entre nosotros es electrizante y no veo la hora de sentirla encima de mí.

La agarro por las caderas y la coloco encima de mí. Su humedad me roza los labios y una sacudida de placer recorre mi cuerpo. No puedo evitar un gemido de anticipación mientras me preparo para saborearla.

Con urgencia, me lanzo a explorar sus pliegues con la lengua. Chupo y lamo su punto más dulce, saboreando su excitación. Sus muslos se aprietan en torno a mi cabeza, creando un capullo de calidez e intimidad. Siento una profunda satisfacción al saber que soy yo quien le proporciona placer.

Willow se agarra con más fuerza al cabecero de la cama cuando las sensaciones se vuelven insoportables. Oigo cómo sus gemidos se convierten en gritos de placer mientras mi lengua gira alrededor de su clítoris. Al oírla pronunciar el nombre del Señor en vano, sigo provocándola y jugando con ella hasta que jadea.

En ese momento, me siento realmente vivo y conectado a ella como nunca antes. Podría quedarme aquí, con la cara hundida entre sus muslos, horas y horas, adorando su cuerpo y llevándola al borde del éxtasis una y otra vez.

Explorando nuevos territorios, recorro suavemente con uno de mis dedos el borde de su otra entrada. No soy un experto en la materia, pero la curiosidad me lleva a tantear el terreno. En cuanto mi dedo roza su agujero, reacciona con un grito de puro placer, y no puedo evitar sonreír contra sus pliegues resbaladizos. Parece que está abierta a esta nueva sensación.

A medida que la siento rechinar con más insistencia contra mi cara, noto que se acerca al clímax. Ajusto mi técnica, alternando entre lamer, chupar y girar la lengua a un ritmo implacable. Pronto, sus caderas se balancean furiosamente contra mi boca y cabalga sobre mi cara con el fervor de una criatura en celo. Cuando por fin se libera, sus dulces jugos cubren mi barba y me dejan pasmado ante su impresionante belleza.

«Dios, Hawk, tengo que tumbarme», jadea, con las piernas temblorosas por las réplicas de su placer, "no puedo aguantar más aquí".

Su urgencia sin aliento enciende una chispa de preocupación en mí, aunque sé que está completamente agotada. No necesitaba preocuparse por mantener el equilibrio; la intensidad del momento le había pasado factura. «Haz lo que quieras, nena», le digo en voz baja y tranquilizadora mientras la ayudo a bajar con cuidado y la acuno suavemente en mis brazos para asegurarme de que se siente segura y apoyada. El calor de su piel contra mí me recuerda la estimulante conexión que acabamos de compartir.

«Eres demasiado bueno conmigo», se lamenta Willow mientras se recuesta en la almohada, con un tono soñoliento. El tercer orgasmo debe de haber hecho mella en ella, dejándola en una nebulosa de felicidad, con los párpados agitándose como delicadas alas de mariposa.

Me inclino para besarla suavemente en la frente, apreciando la suavidad de su piel y el calor que irradia su cuerpo. A algunas mujeres no les gusta tener sus propios jugos en la boca, así que, por respeto, me abstengo de besarla en los labios, aunque el deseo es fuerte. «Tuve suerte de encontrarte, preciosa», susurro con voz baja y llena de sinceridad. «Espero no perderte nunca. De hecho, realmente espero que vuelvas conmigo a Montana. O, como mínimo, que consideres la posibilidad de salir conmigo». Las palabras flotan en el aire entre nosotros, impregnadas de esperanza y anhelo, mientras la veo sucumbir lentamente a la somnolencia que la envuelve como una suave manta.

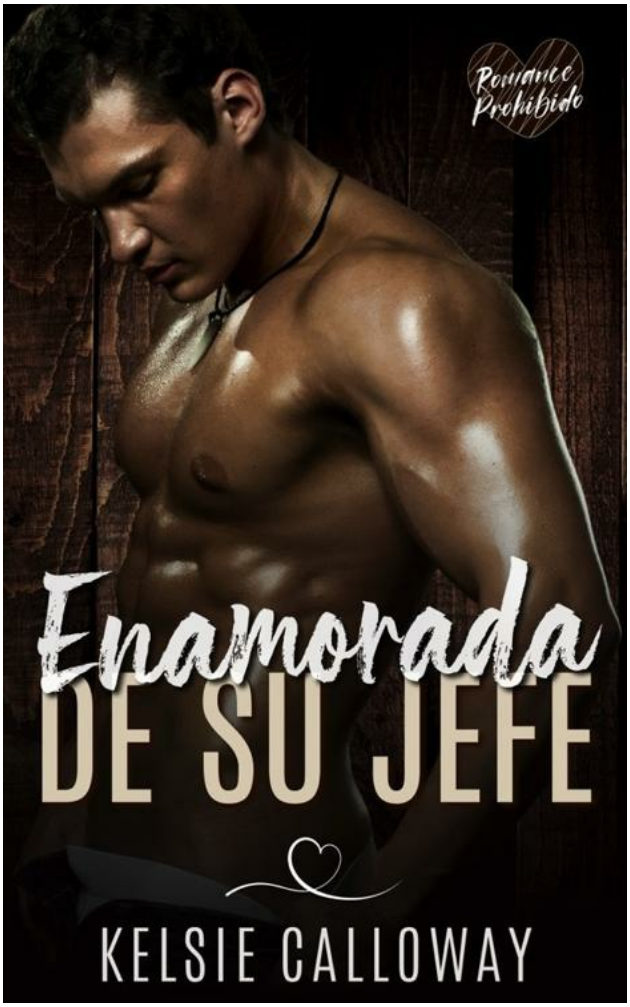
Me mira con ojos soñolientos y saciados, una suave sonrisa juguetea en la comisura de sus labios. «Sabes, nunca pensé que cuando encontrara al hombre de mis sueños, sería amor a primera vista. Pensé que tendría que pasar por alto mi aspecto». Su voz es un suave murmullo, una dulce confesión que perdura en el aire.

«Mirarte es lo que mas me gusta. Eres perfecta, Willow». No puedo evitar decir cada palabra en serio. La forma en que su pelo se esparce por la almohada, la forma en que la luz de la luna baila sobre su piel... todo hace que se me hinche el corazón.

Se acurruca más cerca de mí y su calor irradia contra mi costado. «Me encanta cuando dices eso. Me hace sentir, no sé, como si tal vez tú fueras la persona adecuada para mí». La sinceridad de su tono me transmite una oleada de calor, una emoción que enciende mi esperanza.

La abrazo con fuerza y siento cómo su corazón se sincroniza con el mío mientras dejo que se duerma entre mis brazos, con una respiración lenta y acompasada. «Espero ser la persona para ti. Porque no puedo imaginar que haya nadie más para mí». Las palabras salen de mis labios como una oración, un voto silencioso que llena el espacio íntimo que hay entre nosotros. No sé si lo oye, pero estaré aquí cuando se despierte para repetirlo, dispuesto a recordarle lo mucho que significa para mí.

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

https://geni.us/SpanishRM

TAMBIÉN DE KELSIE CALLOWAY



¿Quieres más Kelsie Calloway?

¡Visita mi página de Amazon para ver qué otros listados en español tengo!

https://amazon.com/author/kelsiecalloway